

II.

El sepulturero trajo una barreta, dos azadones y dos palas.

—V. E. me ayudará, porque la operación es laboriosa.

Estoy dispuesto, dijo Márquez; y arrojando la capa tomó uno de los azadones.

En uno de los ángulos del patio comenzaron los dos hombres á cavar la fosa con gran celeridad.

Márquez es raquítico; sin embargo, la calentura del terror le prestaba aliento.

A la media hora habían cavado vara y media de profundidad, por otro tanto de longitud.

—Creo que es suficiente, dijo el sepulturero.

—Está bien.

—Mañana se cumple el número *once*, dijo el sepulturero; saquemos los restos de esa señora.

Esa fecha trajo á su memoria el 11 de Abril de 1859.

—Me es funesto ese número, en vano he procurado olvidarle: este es un aviso del destino.

Con la barreta desprendieron la lápida de mármol.

El sepulturero tiró de la caja.

Márquez esperó á que saliese toda, y la tomó por el extremo opuesto.

El cadáver no estaba disuelto: pesaba demasiado la caja.

Con la humedad, el fondo del ataúd se había separado de los lados adyacentes, así es, que al faltarle el lecho del sepulcro, se desprendió, y el cadáver cayó á plomo sobre las baldosas del cementerio.

Un vapor fétido se exhaló de aquellos restos.

Los exhumadores se retiraron desvanecidos por el olor de los miasmas.

—Concluyamos de una vez, dijo Márquez; y tomando el cadáver, que era de una mujer, procurando envolverla en sus negras vestiduras, lo llevó hasta la fosa y lo arrojó con desesperación.

Las exhalaciones del cadáver lo contagiaron, y retrocedió pálido y convulso hasta apoyar su espalda en los nichos.

Recuperóse con aspiración del aire libre, y ayudó al sepulturero á cubrir con la tierra la sepultura.

Acabada aquella siniestra operación, dijo al guarda:

—Si las fuerzas de Porfirio Díaz toman la ciudad, un hombre vendrá á ocultarse en ese sepulcro abierto.

—Está bien.

—Toma.

—Gracias, señor, es mucho oro para mí.

—Tendrás más ese día.

Embozóse en su capa, y salió diciendo para sí:

—Nadie vendrá á buscarme á la tumba; estoy seguro contra la saña de mis enemigos.

Y se adelantó á la fortaleza de Santiago Tlaltelolco, donde había sentado sus reales.

CAPITULO VIGESIMOCUARTO.

LUZ Y SOMBRA.

I.

Han visto nuestros lectores atravesar al general Fernández con su regimiento rumbo á San Cosme, donde se oían los disparos de la artillería, al tiempo que su novia entraba en la calzada de Chapultepec.

Las tropas de Márquez intentaron una salida por la parte occidental, y se echaron sobre los parapetos de San Antonio de las Huertas, donde Fragozo las detuvo con un grupo de guerrilleros.

Las fuerzas de Tacubaya y las de la Villa de Guadalupe, salieron inmediatamente al encuentro del enemigo.

Duró el tiroteo la mañana entera, sin lograr su objeto los sitiados.

El general Fernández hizo replegar á la caballería austriaca, que apoyaba el movimiento.

La bala de un rifle, dirigida al pecho de Eduardo, atravesó la solapa de la chaqueta, quemando la cartera, que hizo pedazos.

Unas cuantas líneas, y el corazón del bravo general hubiera sido atravesado irremisiblemente.

—Mi general, dijo uno de los Torreños, aquí están los papeles; ¿no le ha pasado á usted nada?

—Me siento perfectamente, respondió Eduardo, y tomó los papeles que le presentó su ayudante.

Recordará el lector que el general Fernández, arrebatado

por sus celos infundados, no había querido leer la carta de Luz, en la que le incluía la de su moribunda madre.

Eduardo llevaba en su cartera la fatal noticia de su horfandad, y por una de aquellas casualidades, preparadas por el destino, ignoraba aún esa pérdida irreparable.

La bala del rifle había roto el sobre de la carta, y el general pudo conocer la letra.

—¡Dios mío, exclamó, soy un insesato! he tenido tanto tiempo las palabras de mi madre sobre el corazón, y no las he querido escuchar..... sí, es su letra; ¡madre mía! ¡tanto tiempo sin saber de tí! Vamos, si no hay un hijo que merezca serlo, y menos yo.

Trémulo de emoción, desdobló el papel y leyó;

“Hijo mío:

“Las aficciones de que he sido víctima en estos cuatro años, han acabado por abrir mi tumba..... Ya no me volverás á ver.....

“Dios me ha enviado un angel que reciba mis últimos suspiros; ese angel de bondad es Luz, de cuyo amor no puedes dudar

“Esa pobre niña me ha hablado siempre de tí, alimentando una esperanza que hoy se pierde en mi sepulcro..... mis labios no volverán á posarse sobre tu frente!.....

“Voy á decirte mi última palabra:

“¿Quieres que baje tranquila á la tumba?

“Ofréceme que Luz será tu esposa; esta es mi voluntad, es la voluntad de quien te ha dado el sér y te consagra todo su amor en los postreros instantes de su existencia..... ¡adiós!..... ¡hijo mío!..... sé bueno.”

Aquí estaba interrumpida la carta, porque la bala había arrancado el fragmento del papel.

Eduardo se sintió desfallecer, bajóse del caballo, apoyó su frente en la cabeza de la silla, y comenzó á llorar en silencio.

—Algo le pasa al general, dijo Juan á su hermano Simón; ese hombre no acostumbra llorar.

Acercáronse con solicitud los gemelos á su padre adoptivo.

—Señor, se aventuró á decir Juan, ¿qué le pasa á usted?

Eduardo no le escuchaba.

—Vamos, algún pesar tiene usted, dígalo á sus dos hijos, ya ve usted cuánto le queremos.

—¡He perdido á mi madre! ¡soy muy desgraciado! exclamó sollozando el general.

Aquellos dos jóvenes abrazaron á su buen amigo, y sus ojos se humedecieron con el llanto, última ofrenda del hijo sobre el altar sagrado del amor filial.

—Vamos al alojamiento, necesita usted descansar.

—Lo que necesito es morir.

—Está usted muy affigido.

--Estoy sólo en el mundo.

--Es verdad, ¿qué vale nuestro cariño ante ese tesoro que acaba Ud. de perder...? no obstante, ya estamos acostumbrados á acompañar á usted, y esto no vale nada; pero cuando uno es huérfano y encuentra la sombra de un corazón bondadoso y lleno de virtud, entonces.....entonces renace la felicidad, y cae un bálsamo en las heridas del alma.....pero ya que no puede escuchar ahora nada, es una impertinencia hablarle de consuelo, cuando lo que necesita es desahogar su pecho.

--Es verdad, dijo Eduardo estrechando á su corazón aquellos pobres huérfanos que tanto le amaban.

Suba usted al caballo, le va hacer mal este sol.

El general obedeció la voz del joven, y triste y cabisbajo se dirigió á su alojamiento.

Los gemelos le dejaron sólo.

II.

—¿Qué habrá pasado con Luz? se preguntaba el general; esa pobre niña ha acompañado á mi infeliz madre en sus últimos momentos.....me parece que oigo aquella voz venerada que al despedirse me encarga á esa criatura.....yo no tengo derecho de abstenerme, mi madre no podía engañar á su hijo. Luz no ha dejado de verla, yo tengo contraída una deuda inmensa de gratitud.....junto á este deber, se levanta el cariño de esa mujer con la esencia purísima de la regeneración.

Aquella alma adolorida, envuelta en la sombra de la desgracia, se sentía alumbrada por un rayo apacible de luz.

Todos sus sufrimientos de los aciagos días de la revolución, estaban compensados, puesto que Luz no le había alvidado.

Su obcecación al no haber querido leer la carta, habría tal vez hecho perder la esperanza á aquella criatura, y sepultar en lo más secreto de su pecho el amor de Eduardo.

¿Le habría olvidado?.....Este era el temor del joven, y á esta terrible idea su amor crecía como una ola arrebatada por el viento.

Los recuerdos santos de su cariño, unidos á la amarga hiel de los pesares, transformaron aquel sér, determinándolo en una situación concentrada de ternura y melancolía.

El triunfo de las armas republicanas estaba decidido, y esto aumentaba más su ansiedad.

Ir al sepulcro de su madre, arrodillarse delante de aquella piedra, arca de sus sueños y de sus esperanzas, llorar hasta

dejar seco el pecho y el corazón, orar ante aquellos restos, contarles como si pudieran oírle, todos sus sufrimientos, todos sus dolores, y pedirle á su buena madre la bendición, ese signo misterioso que llena de perfume la existencia con la influencia de su santidad, correr después á mojar con su llanto la mano de Luz, renovarle su cariño, decirle mil veces que la amaba, que había sido injusto con ella, y hacerla su esposa. He aquí los ensueños y las ilusiones de aquel corazón!

III.

Luz estaba alegre y temerosa, sabía que su amante regresaría pronto del campo, y llegaría á saber que ella se encontraba en la misma ciudad.

Luz fiaba mucho en su hermosura, y más aún en el amor del general: sabía perfectamente que una mirada, una palabra, una lágrima, una sonrisa, harían caer á sus pies á Eduardo.

Esa criatura llena de encantos, era irresistible.

Además, su inocencia, su fé y su pureza, se leían en el cielo siempre claro de su frente.

Cuatro primaveras más habían llevado como una ofrenda á aquella hermosura, todos sus perfumes y atavíos.

Luz estaba más bella, sus contornos habían adquirido una morvidez encantadora, su rostro cierta severidad magestuosa, y su palabra el argentado acento de los ángeles.

Su cabello se había oscurecido, así como el color de sus ojos, y aquellas sombras caídas en la palidez de su magnífico rostro, la destacaban hermosa entre las hermosas.

Su amor, guardado por tanto tiempo en el santuario de su alma, resplandecía como el sol en las pupilas de sus brillantes ojos, y agitaba su seno de nieve como la brisa de la mañana, la espuma de los lagos.

Luz se había puesto á la ventana, donde esperaba que pasase su novio, y estaba engalada con exquisito gusto.

Un traje de musolina transparente como las nubes que rodean á la luna, con unas mangas abiertas rematadas de encaje, flotando sobre sus brazos de alabastro.

Un cinturón rojo, ceñido á aquel talle de abeja con una hebilla de oro donde lucían adornos de perlas y turquesas.

Una corbata de gasa, salpicada de lentejuelas, de seda blanca, donde se ostentaba un alfiler de relicario del mayor gusto.

Su cabello atado en lo alto de la cabeza, puesto en una red finísima, dejando ver sus orejas diminutas sin ningún adorno.

En una de aquellas manos de criatura, llevaba un anillo de pelo y otro de esmalte con un magnífico solitario.

Luz tenía entre sus labios un clavel.

Nunca una rosa tuvo búcaro más perfumado que su mismo cáliz.

Aquel clavel pasaba por abeja sobre la flor entreabierta de esa boca.

Aquella mujer se declaraba en conquista con tantos atractivos.

Algo llamó su atención, pues se levantó violentamente, y asida á la reja de ventana, comenzó á hacer señas con el pañuelo.

IV.

Hemos dicho que la plaza y las calles de Tacubaya estaban completamente llenas.

Entre aquella multitud, había soldados y asistentes que compraban provisiones para sus jefes.

En uno de los puestos que estaba próximo á la ventana donde la joven ostentaba su lujo y su belleza, había dos guerrilleros enamorando á la patrona.

—Oiga, niña, decía uno de ellos; ¿no quiere usted mantener á un flojo?

—Compre lo que ha de comprar y no entretenga.

—Soy y capaz de robármela con todo y melones; mire los *mochos* no tienen una muchacha tan linda.

—¡Calle! ¡calle! decía la joven vendimiera.

—Ha caído el imperio, y no había de rendirse ese pecho.

—Eso está en veremos.

—No por pobre desmerezco, le voy hacer un *santiaguito*, y sonó las monedas que llevaba en la bolsa del pantalón.

La vendimiera hizo una mueca.

—Este es maíz para las gallinas, yo sé tirar el dinero, conque.....

—Conque, llévase la fruta, que luego se incomoda el general.

—Estanislao Luna no tiembla más delante de esos ojos, dijo el *chinaco* tirándose atrás el sombrero.

Luz, que estaba en la ventana, reconoció al asistente y comenzó á llamarle con el pañuelo.

Luna se acercó á la ventana.

—¡Estanislao! gritó la joven.

—¡Niña Luz! exclamó el guerrillero estrechando por entre las rejas la mano de su protectora.

—¿Y Eduardo?

- Bueno y sano, y con la faja más verde que una lechuga.
 —¿No sabe la muerte de la señora?
 —¿Conque se murió la vieja, eh? pues me alegro.
 —¡Estanislao!
 —Es decir, lo siento mucho, porque mi general va á hacer un sentimiento grande, figúrese usted que no habla de otra cosa, sueña con abrazar á la abuela.
 —¡Dios mío! exclamó Luz, no ha recibido las cartas, era la única esperanza que abrigaba para recobrar su cariño.
 —Niña, me parece mentira ver á usted por acá; ¿recuerda usted la felpa que me pegaron los gabachos por llevar la carta?
 A Estanislao Luna le había pasado lo que á Sancho Panza, con los azotes para el desencanto de Doña Dulcinea del Toboso.
 —¿Serás capaz de llevar á Eduardo un papelito?
 —¡Una resma! por usted hasta las listas de revista.
 Luz entró á su gabinete, sacó una tarjeta y escribió estas palabras: "Mi corazón te espera."
 Entregó la esquela á Estanislao y le dió un escudo de cuatro pesos.
 —Vaya, que está usted como una perla, niña Luz, mi general se va á volver loco, como yo con esa endiantrada frutera que no me quiere hacer formal.
 —Ve inmediatamente al alojamiento de Eduardo.
 —En el acto y adiós.
 Estanislao se detuvo por segunda vez en el puesto y dijo á la muchacha echándose el sombrero á la oreja izquierda.
 —Mire, Doña Lupe, aquí tengo con que quererla, y le enseñó el escudo.
 La muchacha se sonrió coquetamente.
 —Con esto nos paseamos una tarde, conque diga si admite.
 —¡Qué hombre tan pesado!
 —No es la culpa de quien ama, sino de la que es hermosa.
 Un mocetón vendedor de rebozos, que era el novio de la vendimiera, se acercó á Luna y le dijo:
 —Oiga amigo no la *ande equivocando*.
 —¿Tiene algo la señora con usted?
 —¡O no tenga!
 Estanislao sacó el machete, lo limpió con el pañuelo y..... lo volvió á la vaina diciendo: *no tengo gana de rifarme*, y escupió por el colmillo.
 Luz estaba temblando, pero no pudo menos que reírse al ver el desenlace de aquella reyerta.

V.

- Estanislao llegó á la casa y dijo al general mi jefe, *Dios aprieta pero no suelta*, tenga usted ese papelito.
 Eduardo tomó la esquela y la leyó violentamente.
 —¿Dónde, dónde está Luz?
 —Aquí cerca, en su propia casa, junto al cuartel de nosotros.
 —¿Y la has visto?
 —Sí mi general, está como *tronco*, derecha y linda como una carga de caballería; vamos, si la bandera del regimiento es tan hermosa, ¡viva mi general! Es necesario que toquen diána, vea usted, mi general, me ha regalado un escudo.
 —Y yo te doy otro.
 —¡Viva la patria!
 Estanislao se salió contentísimo, tarareando la popular canción de "Mamá Carlota."

CAPITULO VIGESIMOQUINTO.

DE LA MANO Á LA BOCA.

I.

- Pascual Rivera dejó tendido al sacristán de Ario de un pistoletazo la noche en que sacó el tesoro del subterráneo de la *Casa de los Duendes*.
 Calenturiento de avaricia, se dirigió rumbo á la Capital, quedándose en los caminos para evitar ser robado.
 Lleno de penalidades, pero con la satisfacción de haber salvado el tesoro, llegó á la Ciudad de los Mártires é inmediatamente pasó al pueblo de la Piedad albergándose en una de las casueas más humildes.
 Esclavo del tesoro, no salía á parte alguna y estaba profundamente inquieto con las entradas y salidas de las fuerzas que sitiaban á México.
 Tenía el proyecto de establecerse en la Capital, vender las piedras preciosas, y en caso de prosperar hacer partícipes á sus hijos, cuya legitimidad comenzaba á poner en duda desde que era rico.

Le parecía que aquellos niños eran unos ladrones de su caudal, aunque comprendía toda vez que desconfiaba de ser su padre, que siendo el tesoro de Velarde, á los Torreños les pertenecía de derecho.

La ambición le cegaba, sólo veía el mundo de placeres y satisfacciones que aquellos adorados cofres debían proporcionarle.

Una tarde fué cateada la casa inmediata á la de Rivera, éste se alarmó, creyendo que sus cofres iban á caer en manos más profanas aún que las suyas.

Pensó librarse de las eventualidades enterrando el tesoro. Ocurriósele presentarse al jefe de la línea como escucha, para que lo enviase allende los parapetos.

Esta oportunidad era lo que él esperaba para dar sepultura eclesiástica á los cofres.

Efectivamente se presentó al jefe del punto.

—Señor general, dijo Rivera, yo soy conocedor del terreno y estoy dispuesto á servir de *escucha*, me avanzaré hasta las trincheras del enemigo y así sabrá usted si hacen una salida.

—¿Y tendrá usted valor?

—Vaya si lo tendré, en Michoacán he estado á las órdenes del general Pueblita; yo ví cuando lo mataron los franceses, allí escapé por casualidad.

—¿Y dónde ha estado usted después?

—En la toma de Puebla y en la batalla de San Lorenzo.

—Bien, ¿y cuánto quiere usted por ser nuestro *escucha*!

—Cuando se sirve por ayudar á la patria, no se cobra nada, señor general.

—No quiero proclamas, diga usted lo que necesita.

—El haber de un capitán.

Aceptado, saldrá usted esta misma noche por el rumbo de San Antonio.

—Convenido, deme usted mi nombramiento y la contraseña.

En la secretaría le extendieron los dos documentos, y Pascual Rivera se retiró lleno de satisfacción á acariciar sus cofres, como quien lleno de ternura halaga á sus hijos, al depositarlos en un establecimiento de donde saldrán hechos unos hombres de provecho.

II.

Cayó la noche que era densamente oscura.

Rivera tomó su tesoro, atravesó el parapeto republicano y avanzó lo más que pudo á la fortificación imperial.

Tomó el lado izquierdo que es un llano de crecidos matorrales, charcos y fango.

En el lugar que le pareció más apropiado, hizo una excavación lo más profunda que le alcanzaron sus esfuerzos, y depositó el tesoro.

Clavó una cruz de ramas, así nadie se atrevería á profanar un sepulcro.

Después contó los pasos hasta el camino real.

Hizo allí otra señal con algunas piedras y midió la distancia hasta el foso.

Rivera era un hombre vivo, y no equivocaría el sitio donde dejaba su valioso tesoro.

Después de esta operación tornó á avanzar hacia la fortificación enemiga en desempeño de su comisión de *escucha*.

III.

Porfirio Díaz trasladó el cuartel general á Tacubaya, luego que las fuerzas vencedoras de Querétaro llegaron á su campamento.

El general Corona ocupó la Villa. Riva Palacio, Mexicalcingo, extendiéndose hasta Santa Anita, Hinojosa el Peñón Viejo.

La capital del imperio, último baluarte de la revolución monárquica, quedaba en sitio absolutamente riguroso.

Luego que Porfirio Díaz supo la muerte de la madre del general Fernández, le hizo una visita y le permitió que permaneciese algunos días en su casa.

Los Torreños siguiendo el regimiento se situaron en la Piedad.

Rivera ignoraba que tenía tan cerca á los gemelos.

Aquel hombre podía haber sido feliz al lado de sus hijos pero la ambición le hizo dar el primer paso en la vía del crimen; crimen inútil, porque la muerte del sacristán de Ario era de todo punto innecesaria, puesto que el caudal nadie podía disputárselo; pero su instinto de avidez lo encaminó en una situación difícil. Rivera tornó á su campo luego que la luz aclaró.

El jefe estaba contento de su exactitud.

IV.

Porfirio Díaz es hombre de acción, le gusta inquietar al enemigo, tenerlo en perpetua alarma, y al mismo tiempo ocupada á sus tropas.

Parecióle al bravo general que debían hacerse unas fortificaciones avanzadas hacia la flecha del parapeto enemigo, y dió las órdenes respectivas al jefe de la Piedad para que mandase practicarlas.

Quería que al amanecer, la obra estuviese terminada, le parecía que por aquel punto podían los sitiadores dar un golpe de mano.

Porfirio es todo un soldado.

El jefe de aquel campamento dispuso que un ingeniero practicase el reconocimiento de ordenanza.

Los Torreños fueron encargados de acompañarle con una pequeña sección de caballería.

A las cuatro de la tarde los Torreños se avanzaron en tiradores, mientras el ingeniero señalaba el punto donde debía levantarse la fortificación pasajera.

Los sitiados descargaron á metralla sus piezas.

Dos dragones fueron heridos.

Cuando los soldados de Porfirio reconocen un campo, ya puede el enemigo prepararse porque algo va á suceder.

El general no es de los que hacen vanos alardes ni indica movimientos que no ha de efectuar, ni derrama en simulacros la sangre de sus soldados.

Determinado el sitio, la sección de ingenieros volvió á su campamento, esperando la noche para efectuar los trabajos de zapa.

Los Torreños siguieron encargados de proteger á los soldados que debían levantar la trinchera.

V.

Pascual Rivera temiendo ser sorprendido, desde su salida de Ario, había escrito un pliego declarando que el tesoro pertenecía á los jóvenes Juan y Simón Torreños.

Este pliego lo guardó en los cofres.

Pensaba que al ser enjuiciado por la muerte del sacristán se excusaría diciendo que lo creyó un ladrón y le había disparado un pistoletazo; pero el cura y él, sabían que el dinero estaba reservado para los gemelos.

Pascual Rivera después de haber dormido la mayor parte del día, se dirigió al anochecer á velar por su tesoro.

Vió á lo lejos la cruz de ramas y se estremeció de placer.

La capital, pensaba aquel malvado, caeré pronto en nuestro poder, entonces saaré los cofres, me mudaré el nombre y haré creer que soy fronterizo. En México basta tener dinero, nadie se toma la pena de inquirir el modo con que ha sido he-

cho. Mil docientas-onzas y una gran cantidad de pedrería forman mi caudal.

Quedóse después un momento en cavilación y dijo al fin: esas alhajas seguramente eran un depósito confiado á Velarde, á quien juzgaban un santo; son de las imágenes, no hay duda cuando Pueblita andaba por el estado de Michoacán, todo se recogió temiendo se echase sobre la plata y las alhajas de las iglesias, sólo así se explica en que un hombre haya reunido tal cantidad de piedras.....lo que me admira es que el viejo cura haya consentido en que se me entregasen, no sé si reservaba su parte en el botín de Velarde. Este Pablo Martínez sirvió á mi venganza y me ha hecho rico, pienso enviarle una libranza anónima de cien pesos, en caso que venda bien las piedras.....Me han dicho que en la calle de Plateros hay una gran tienda de un Mr. Baulot, con quien podré hacer negocios..... El canónigo Moreno Jove es afecto á los brillantes; pero estos los conocería á leguas, como que pertenecen á las *manos muertas*. ¡Quién me había de decir que me improvisaría en un gran señor, yo que he vivido siempre en la miserable oficina de contribuciones de mi pueblo, donde con mil trabajos y después de una complicación de sumas y restas, podía tomar solamente dos terceras partes de las rentas públicas.....Ahora que reflexiono, fuí muy majadero en amedrentarme con la muerte de ese estúpido viejo, y de exponerse tantas veces por defender á Juan y Simón, sólo por que me lo mandaba el cura á quien veía como un oráculo. Vamos si es pesado ese señor sacerdote.....penitencia rara, y que yo cumplía con la obstinación de un fanático.....en fin, ya soy rico...muy rico.....¡riquísimo!.....

Embebecido en estas reflexiones y entrando en esos *jardines* encantados, el sueño se fué deslizando por sus párpados, y acariciado por imágenes tan halagüeñas, se durmió profundamente bajo uno de los árboles de la calzada de donde se partía al sitio profano que nunca debiera marcarse con el signo de la redención.

¡La cruz sobre el robo!

Esto era un sarcasmo terrible; aquel signo misterioso clavado sobre un monte de tierra es el símbolo de la eternidad; puesto sobre las capas del cascajo que cubrían el tesoro, podía indicar muy bien la tumba de la esperanza!

VI

La noche había cerrado completamente cuando el ingeniero y los Torreños se dirigieron al lugar señalado para alzar la trinchera.

—Muchachos, decía el jefe dirigiéndose á los gemelos, no hay que dudarle, el sitio está marcado con una cruz de ramas.

—El muerto, dijo Juan, va á recibir buen susto.

—No importa, servirá para defendernos, al fin no lo han de matar.

—Es un peligro menos.

—Yo soy bueno para la barreta, mi jefe, dijo la voz conocida de Estanislao Luna.

—Bien, á tí te encargaremos el difunto.

Puede que tenga algunos trapitos que pelarle.

Puede ser que la cruz la haya levantado el *milpero* por los rayos.

—Es seguro dijo el jefe; además es muy extraño que los indios entierren un cadáver en un lugar que no sea sagrado.

—Esa es buena reflexión, mi jefe, pero de todos modos yo me encargo de ese lugar.

—¿Y cómo has dejado al general, Estanislao? preguntó uno de los ayudantes

—Ya le pasó el *primer sudor*, como decía mi capitán Martínez; además que hay novia en campaña.

—¡Hola! dijo Juan, ya olvidó á la rubia.

—No señor, la rubia ha llegado á Tacubaya, y ya hubo *compostura*.

—Me alegre, esto habrá calmado la pesadumbre.

Estas muchachas son el demonio, dígalos mi *costilla*, que se ha empeñado en que á ella sola le de querer.....el hombre tiene sus *tropezones*, y luego lo *cabrestean* á uno y zás, da uno el golpe con las hijas de Eva.....Mire usted, mi jefe, yo andaba *sonsaando* á una hembrita, siempre cabecear es malo, yo quería al uso de mi pueblo robármela, pero.....

—Dejemos el cuento por ahora, que ya hemos llegado.

El ingeniero midió el terreno, determinó los trabajos y Estanislao Luna tomó como todo hijo de vecino su barreta y comenzó la excavación para levantar el parapeto y practicar el foso.

—Estamos muy cerca, señor Rivero, dijo uno de los Torreños.

—En Puebla estábamos á tiro de pistola.

—Este señor Rivero es el mismo demonio, dijo Juan á Simón; quien lo vé tan largo como un espárrago y tan serio como un inglés, pero sereno si los hay.

—Tiene una sangre fría admirable, le hace mucha gracia al General Díaz.

—Trabaja como un endemoniado.

—Se ha librado en una tabla de ser alcanzado por las balas.

—Como es ingeniero, su construcción es magnífica, necesita una bala de á treinta y seis.

—No chocha á usted, comandante, el silencio que hay en la trinchera enemiga?

—Es muy notable.

—¡Demonio!.....esta gente prepara algo.

—¿Si habrán abandonado el parapeto?

—Envíe usted un escucha, eso sería una lotería.

—Voy á enviarle mi confidente.

El joven se fué derecho al grupo de escuchas que estaban á la orilla del camino.

—¿Dónde está Pascual Rivera?

—Señor, está durmiendo un rato, porque ha velado dos noches consecutivas; pero aquí estamos nosotros.

—Acérquese uno á la trinchera y póngase en escucha del enemigo, que hay un gran silencio.

El *escucha* se quitó los zapatos, arremangó el pantalón y tirándose á la espalda el rifle, husmeando como un coyote, se fué acercando al foso, acostándose por intervalos para poner el oído en el suelo y percibir con más precisión cualquier eco por lejano que fuese.

VII.

Los trabajadores continuaban la operación y se oía el golpe seco de los azadones.

Nadie hablaba una palabra.

Estanislao Luna había emprendido con entusiasmo su tarea.

Cuando menos lo esperaba, su barreta encontró un obstáculo.

El sonido indicaba que la barra había dado contra un objeto de hierro.

El asistente llevado por la curiosidad, comenzó á apartar con cuidado la tierra hasta encontrar el obstáculo.

—¡Demonio! este es un bote de metralla.

—¡Cáscaras! aquí hay otro, estamos sobre una mina, es necesario dar aviso porque vamos á volar como unos condenados. Capitán Torreños!

¡Capitán Torreños!

Juan y Simón acudieron al llamado de Estanislao.

—Qué se ofrece?

—Que los *mochos* nos han puesto una red y es necesario salir pronto por que estamos cojidos.

—No te entiendo.

—Habla claro.

—Miren ustedes dos botes de metralla y pólvora que he encontrado, aquí hay mina y va á hacer explosión.

Juan reconoció los cofres y comprendió que aquello no contenía metralla, pero se guardó de participarlo á Luna.

—Efectivamente, dijo, son unos bribones, pero la hume-

dad ha echado à perder la pólvora y no hay cuidado, continúa por sí das con los otros botes.

—Sí, mi capitán, todavía no vuelvo en mí del susto; vamos, que podíamos estar ardiendo como lámpara de Catedral.

Juan llamó á su hermano y le dijo lleno de la mayor alegría:

—Simón, somos felices, esto debe ser dinero!

—Silencio, yo llevaré á nuestro alojamiento los cofres, guardamos el silencio más grande porque acaso lo perderíamos todo.

—¡Juan! nuestro padre adoptivo va á salir de tanta miseria.

—El disfrutará de todo.

—La dicha viene á buscarnos, le haremos un suntuoso regalo al general, à ese hombre que ha sido nuestro bienhechor.

—Silencio.

—Silencio y parte inmediatamente.

Simón se alejó con el tesoro y lo guardó cuidadosamente en las petacas de viaje, quedando en espera de su hermano para abrir los botes y ver su contenido.

Aquel tesoro que Pascual Rivera había traído consigo en medio de tantos cuidados, sustos, alarmas y desvelos, la Providencia lo arrancaba á su ambición para devolverlo á sus legítimos dueños.

Aquel caudal era la herencia que debía recompensar á aquellos seres infelices predestinados desde su nacimiento à la desgracia y al abandono.

Dios no quiso que las almas hermanas de los gemelos se perdieran en las pesadas brumas del crimen, y les ofrecía aquella fortuna como la primera piedra de trabajo en una existencia de honradez y de quietismo.

VIII.

Los ingenieros acabaron sus trabajos, y á la mañana siguiente los imperiales saludaron con sus cañones el nuevo parapeto republicano y se dispusieron á saltarle.

El movimiento se indicaba claramente en el campo enemigo.

La caballería austriaca estaba fuera de trincheras apoyada por una pieza de artillería, los tiradores se avanzaban y las columnas de infantes se organizaban en silencio y con buen orden.

Esto se veía apenas, por que la luz de la mañana aun se confundía con las últimas sombras de la noche.

Despertóse Pascual Rivera á las primeras detonaciones, quedóse bajo el árbol donde había dormido y esperó á que aclarase.

Luego que se comenzaron á percibir los objetos dirigió su vista ansiosa al faro de sus esperanzas.

La cruz de ramas había desaparecido, y sobre aquel lugar se levantaba la trinchera donde habían colocado una pieza que vomitaba bronce sobre los tiradores enemigos, que como hemos dicho, avanzaban pausadamente.

Rivera llevó las manos á los ojos, se los restregó como si dudase de lo que veía, no podía convencerse de la realidad, aquello era una pesadilla, un sueño terrible, avanzóse calenturiento y dudoso hasta el parapeto.

La cruz estaba despedazada y en las orillas del foso.

Contó los pasos en medio de el tumulto de los soldados.

Precisamente el lugar donde había enterrado los cofres estaba vacío; en su prolongación se extendía el foso del parapeto.

Arrojóse á la zanja, rascó con las uñas como un desenterrador, veía, husmeaba, quería con todos sus sentidos buscar el tesoro.

Entonces su razón extravió, dos gruesas lágrimas brillaron con una luz infernal en sus pupilas, se mordió los labios como un condenado, tiró de sus cabellos, rasgó su pecho hasta hacerse sangre, maldijo, blasfemó y se tiró al suelo desesperado.

Parecía el diablo de la rabia y de la blasfemia.

IX.

Las columnas enemigas por un movimiento brusco y audaz se lanzaron hasta llegar á los parapetos de la Piedad.

Lalenne y Pepe Cesio arengaron á su tropa, que se lanzaron fuera de las trincheras y contuvo el rudo ataque de los imperiales.

El general Díaz acudió con un cuerpo de Oaxaca, y valiente y denodado como siempre, rechazó al enemigo en unión de los jefes mencionados.

Las caballerías de la frontera llegaron al sitio del combate, cuando el enemigo se precipitaba en fuga y cubriendo apenas su retirada con una sección de caballería austriaca, buscaba refugio detrás de los atrincheramientos.

La artillería no cesaba de hacer disparos con éxito brillante sobre los audaces batallones que intentaron el asalto.

Por la línea de Riva Palacio se arrojaron con ardor; pero el bravo general los recibió á metralla, y en los dos puntos de ataque hicieron un fiasco sangriento.

En medio del combate, un hombre despechado saltó sobre el parapeto y con su rifle de diez tiros hizo descargas sobre las columnas.

Si alguien hubiera podido percibir el acento de aquel desgraciado, que pasaba en aquellos momentos como un valiente, hubiera oído la voz de Satanás.

—¿Para qué quiero la vida? exclamaba el miserable, Dios me ha herido en el corazón; ¡maldita sea la existencia!.....

En aquel momento un casco de metralla le partió el cráneo, y su cuerpo mutilado se desplomó en el foso.

Pascual Rivera cayó en la tumba de su tesoro.

El lance había terminado, los heridos del enemigo quedaron en el campo á merced de la muerte, porque sus mismos compañeros hicieron disparos sobre la ambulancia cuando trató de recojerlos.

¡La hiena de Tacubaya no olvida nunca sus instintos de ferocidad y de barbárie!

CAPITULO VIGESIMOSEXTO

LOS ESPONSALES.

I.

El señor de Fajardo había recibido una tarjeta del general Fernández, en que le anunciaba su visita.

Don Modesto, arrepentido de la conducta ridícula que había observado durante el régimen imperial, buscaba el bautismo de sus culpas en el enlace de su hija con uno de los hombres de la revolución.

La señora Doña Canuta, firme en sus ideas y de sus principios, permanecía fiel á las tradiciones monárquicas, y estaba hecha una pantera con la prisión y encausamiento del archiduque y sus generales.

—Debemos confesar, señor de Fajardo, decía Doña Canuta, que el triunfo de esa *gentuza* no puede menos que traer sobre la nación males incalculables.

—No somos del mismo parecer, querida esposa, el sistema republicano es el único adoptable á este país.

El principio de autoridad, está relajado, toda vez que no hay una corona, ni una familia *reinante*.

—Ríete de todo eso; *presidencia*, y *presidencia* de Juárez.

—¡Puf! ni me mientes á ese hombre; ha sido la pesadilla de SS. MM. y la del imperio.

—Al fin es mexicano.

—¿Qué tiene que ver lo mexicano ó lo inglés con las dinastías?

—Nada, efectivamente nada; pero no queremos *extranjeros*.

—Caballero reniegue usted entonces de su camisa y de su pantalón, fabricados en Francia.

—No hay inconveniente, reniego de mi camisa y de mis pantalones.

—Estás do bromita y vamos á tener una incomodidad.

—Excusémosla, querida mía, que estoy de *recepción*.

—Esta es otra calamidad; tener que recibir al soldadón republicano, que vendrá, no lo dudes, por la mano de Luz.

—Esposa mía, hay cosas que no tienen remedio la hemos contrariado cuatro años, y ya le ofrecí no oponerme á nada de lo que determine, porque está visto tiene más juicio que nosotros.

—Eso es un insulto terrible á mi talento y á mí....

—Será lo que quieras; pero, lo dicho, dicho.

—Ya comienza la República á surtir sus efectos; la autoridad se desconoce, se posterga á una madre, se la destrona.

—Mira Canuta, varía de método en esto de usar palabras monárquicas, porque estas gentes nos apedrean.

—Lo creo al pié de la letra, son unos cafres.

—Te confieso, que á pesar de las garantías, no me llega la camisa al cuerpo.

—Tu yerno te sacará del mal paso, á bien que es de los *rojos* más exaltados, veremos que tal se porta; ¡Dios mío! llamarle hijo á un *blusa*, á un *disidente*, á un *juarista*.

—Canuta, recuerda que el imperio no nos hace el menor caso; que si á nuestra hija se le llamó al palacio, fué como quien hace llevar un pavo real, ó una pieza bonita para el jardín de plantas de Chapultepec.

—¡Basta! te digo, hombre estúpido!que calles!.....

—Si no muevo los labios.

—Este hombre es un hotentote republicano.

II.

Abriéndose las puertas de la sala, y se presentó enlutado de piés á cabeza el señor de Cantoya, amigo íntimo de los Fajardo.